



VIERNES SANTO

Queridos hermanos,

Nos dice la Escritura que, en Getsemaní, conociendo desde dentro el pecado del mundo, el de cada uno y el de todos, el Señor Jesús, humanamente anonadado por el peso de tanta oscuridad y tanto dolor, pide al Padre con gran clamor y lágrimas vida y salvación, que se realice su designio bueno, que la historia no concluya sólo en pérdida y muerte.

Que su Nombre sea santificado ante todos los pueblos, que lo reconozcan como Padre de la vida, que salva a quien no tiene esperanza por sí mismo. Que venga su Reino, que su voluntad sea hecha en la tierra, su voluntad y no la nuestra; porque de Él podemos esperar libertad y redención, del Padre cuya misericordia dura por mil generaciones, que da la vida y resucita a los muertos.

Jesús, como en todo momento de su misión, afirma de nuevo al Padre y su amor al mundo como el horizonte verdadero, también cuando la inmensidad del mal, las afrentas de los hombres, su obstinación en el rechazo a Dios, parecen sobrepasar las propias fuerzas. Porque no pueden impedir el clamor del corazón, la oración humilde de quien no tiene ya nada y suplica a Dios la vida, le pide que reine Él por encima de mentiras, de debilidades y de muerte; no pueden impedir el gesto libre y personal de abandonarse en las manos del Padre, de encomendarle el propio espíritu, para que se cumpla su designio de salvación.

Y todo el peso del mal del mundo, inconmensurable humanamente, se detiene ante el umbral de este corazón sagrado, que es de carne y no de piedra – que paradójicamente no sería apoyo suficiente, quebraría–, cuya riqueza es la relación con el Padre, como Hijo que suplica confiado, la apertura plena y obediente a la fuerza de su Espíritu divino que, en Alianza definitiva, lo sostiene en esta gran lucha y lo hace vencedor.

El Padre escuchó a Jesús, que le confió a Él toda su vida, todo su ser, toda su Persona; y que cumplía así la obra que Dios quería: amar, rescatar, sanar, pagar las deudas de los hermanos, llevarlos al conocimiento del Padre, cambiarles el corazón por la fuerza de este Amor, que vivifica todas las cosas y llama a la vida incluso a los muertos.

Jesús no consideró que este pecado del mundo no le afectaba, no tenía que ver con Él. No lo declaró intrascendente; como si se explicase principalmente por el mal funcionamiento de la sociedad, por leyes externas a la responsabilidad personal, que bastaría cambiar con la inteligencia o la teoría adecuada; como si bastase, en realidad, con que la gente asumiese lo correcto y lo hiciese, aunque fuese más el reflejo de la mentalidad dominante que un ejercicio de la propia libertad.

El Señor ve al pecado enraizado en la libertad de cada uno, en la dureza y cerrazón del corazón, que de alguna manera ha hecho propia la mentira inicial del tentador: no creas en Dios, tú puedes alcanzarlo todo por ti mismo, ser dueño de tu vida y tu destino; tus fuerzas son bastantes, no necesitas de nadie ni de nada.

El pecado muestra su engaño en que genera justo lo contrario de lo que promete. Por una parte, la persona se ve cada vez menos libre, enredada en una maraña de influencias condicionamientos, mentiras y presiones, que parecen sobrepasar la capacidad de respuesta del individuo. Y, por otra parte, reconoce cada vez más difícilmente el propio protagonismo y esconde la propia responsabilidad, poniéndola cada vez más fuera de uno mismo, siempre en otra cosa o en otro.

Pero el Señor ve el daño en la persona, lo sufre como cosa propia, tiene compasión de nosotros, pecadores; soporta el castigo de nuestros pecados, los dolores que causa el mal uso de nuestra libertad. Con su disponibilidad a la pasión, a la cruz por nosotros, abre el camino a la victoria definitiva sobre el mal, que tal es desde el principio el designio divino.

Vemos en el Viernes Santo que el mal no es algo abstracto, que no tiene que ver o no afecta a las personas. Pero también vemos al Señor, que no nos deja solos, que, conociendo desde dentro nuestro pecado y sufriendolo, presenta al Padre una oración por nosotros, por nuestra libertad y nuestro corazón. Para que la gracia divina nos dé un principio de vida que nos permita hacer el gesto de pedir, de esperar, de acoger la presencia buena, la ayuda del Señor. Y se haga así una historia nueva, en la que siempre sea posible recomenzar, creyendo ya en Dios, que acogió la súplica y la entrega de su Hijo por nosotros, lo libró de todo mal y lo llenó de una vida vencedora de la muerte.

Para que pudiésemos ser liberados del mal, que tiene sus raíces en la opción de la libertad, hacía falta atender al corazón humano, curarlo y cambiarlo. Esto era algo que no podíamos hacer solos, dejados a las propias fuerzas, a las del propio corazón. Hacía falta esta intervención del Señor, su amor misericordioso ante el cual renaciese nuestra libertad, una criatura nueva y un corazón nuevo.

Todas las figuras y los personajes de la Pasión hablan de este misterio central, del perdón de los pecados, sin tener en cuenta al cual todas las consideraciones se quedarían cortas. Los protagonistas verdaderos del Viernes Santo son el Señor Jesús y el pecador –nosotros; el Dios que nos revela su Amor y nuestro propio corazón, en su libertad íntima, que el pecado limita radicalmente, pero no puede eliminar del fondo de nuestra persona, por la cual el Señor Jesús se mostró dispuesto a morir en la cruz.

Dios es más grande que nuestros pecados, su Amor es infinito y su compasión. Y lo demostró convirtiendo al corazón humano, a la carne y la sangre de Jesús, tan fácilmente despreciada, en la revelación definitiva de su caridad infinita, de su benevolencia y de su sabiduría.

Necesitamos más que nunca afirmar estas verdades que hoy de nuevo contemplamos. El mal, el pecado y la muerte no son la ley que gobierna el mundo; no definen nuestra vida, aunque estén presentes y hayamos de sufrirlo. La creación y el designio de Dios son buenos, la historia tiene un destino de salvación. Somos nosotros quienes debemos defender esta esperanza, contra quien desprecia o desespera de la humanidad, contra quien, con mil excusas, de hecho no respeta a las personas, a su vida, sus derechos y su dignidad.

Y no es posible minusvalorar la propia responsabilidad, la propia libertad, el significado del corazón humano. Nunca será posible, hasta el último día, eliminar definitivamente todo el mal del mundo. Pero el camino pasa por la libertad de la persona y la conversión del corazón, por preferir la verdad, por amar a Dios y al prójimo, ahora ya, cuando aún somos todos pecadores.

No dejemos nunca de sostener estas verdades, para no caer en mentiras y relatos engañosos, que diluyen las responsabilidades y no abren sendas de reconciliación y de paz; y para afirmar en cambio la dignidad singular del corazón de cada uno, de cada persona, creada y amada por Dios mismo.

Aunque implique un cierto dolor por el propio pecado, será posible así reconocer y llenarnos de alegría ante el amor del Señor, ante Cristo y ante su cruz, en la esperanza de la resurrección.

Mantengamos pues la fe y pongamos nuestro orgullo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, que, hasta el fin del mundo y en todos los cambios históricos, seguirá siendo para todo el género humano la verdadera esperanza.

Ave crux, spes única.

+ Alfonso,
Obispo de Lugo